

naturalezas pervertidas no podían mirarse ya sin rabia, que nunca el amor las confundiría en el mismo abrazo.

¿Cómo fué que, una hora después, Lucía anunciaba á su mayordomo que «el señor Carlos Abelle» comería en casa?

El señor Carlos Abelle no comía cualquier cosa; le gustaban los buenos manjares, las trufas y las confituras; necesitaba que el vino de champaña fuera bien espumoso; conservábase sólo para él el vino de Constancia, á fin de que tuviera mucha. Tal era la frase de la servidumbre.

Abelle había vivido por la ley misma de estas pasiones abominables, que sacan su fuerza de su ignominia.

La comida fué encantadora. Lucía besaba sin vergüenza, delante de sus criados, la mejilla que arañara.

—¡Esto es vivir!—decía.

Y añadía, con la sonrisa del perdón:

—Pero me has hecho muchos cardenales.

—A todo esto,—murmuró melancólicamente Abelle, —yo con un duelo entre manos.

—¡Qué dices!—exclamó Lucía, oprimiendo contra su pecho la cabeza de su amante, como para defenderle de la espada del príncipe.—Si él se hubiera quedado, santo y bueno. Cuando le vuelva á ver, le diré que ese duelo ha tenido lugar entre nosotros.

—Sí, á primera sangre.

Llegaban entonces al vino de Constancia.

—Ya sabes,—dijo Lucía,—que esta noche trabajo. Voy á encerrarte en la alcoba con libros, periódicos y esta linda botella que tan buen aspecto tiene.

—Bueno,—dijo Carlos, mirando lo que quedaba en la botella;—mas no olvides los cigarros.

—No, lobo mío. Sabes, por otra parte, que tú eres aquí el dueño.

Cuando Abelle se encontró solo en la alcoba de Lucía, se acordó de estas palabras.

—Sí, soy el amo,—dijo;—no lo olvidaré.

Y con una sonrisa,

—Como en la guerra: es menester dar la batalla y tomar la plaza por asalto.

Al siguiente día por la mañana, Lucía dijo á su amante que nunca había sido tan dichosa.

—Serás aún más feliz cuando yo haya pisoteado á todos tus príncipes como al de ayer.

—Me dejarás uno,—replicó ella.—Pero no vendrá aquí sino los días de lluvia.

—Sí, con tal que sea buen chico,—añadió cínicamente Abelle.

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HATES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

Deudas de juego y deudas de corazón

Pasó algún tiempo. Decíase que Lucía se retiraba del mundo porque estaba enamorada como una loba del que llamaba ella su lobo.

Carlos Abelle era su mal genio. La aconsejó que no renovara su contrata en el Ateneo. Tenía allí un sueldo escaso; pero una cantante sin teatro es una estatua sin pedestal.

Se juzgó que Lucía no volvería á cantar. Siempre había tenido más voz que método; nunca había sido tomada en serio. La cortesana servía á la cantante como la cantante servía á la cortesana. Cuando la cantante

cayó, la cortesana cayó desde la altura en que se hallaba.

Abelle le permitió un último príncipe los días de lluvia —era siempre el príncipe Matjewski—; pero éste no iba ni aun cuando hacía buen tiempo.

La joven vendió su última alhaja, no pudiendo resignarse á romper con su vida á través de todos los lujos.

Abelle fué el encargado de vender la alhaja, porque Lucía no entendía los negocios. Era una admirable piedra en forma de pera que la comedianta había puesto en su pequeño museo de joyas, una verdadera pera para las épocas de sed.

Habíasela dado un príncipe moldavo que no sabía su valor: herencia de familia, condenada por mucho tiempo á no recorrer el mundo. Iba á desquitarse.

—¡Ochenta mil francos!—dijo Carlos lleno de alegría, regresando de casa de una mujer á la moda.

Y abanicó á su querida agitando ante su rostro cuarenta billetes de mil francos.

Ella tomó el dinero.

—¿Qué es esto?—murmuró.—¡Papeluchos! ¡Cuántos habré tirado!

—Pues mira,—dijo Abelle,—quisiera recoger algunos. Ya sabes que tengo deudas apremiantes.

—¿Tú, lobo mío? ¿Por qué no me lo dijiste?

Lucía reflexionó.

—Dígame usted, caballero: ¿cómo contrae usted deudas? ¿Es que mantiene usted á distinguidas señoritas?

Lucía recordó á su amante que desde que ella renunciara á su mundo había él vivido en el hotel, hasta el punto de no conservar sino su zaquizamí de la calle de Ponthieu, que no salía sino para ir al gran mundo, según él decía. El dinero de bolsillo, lo cogía de enci-

ma de la chimenea de Lucía, que, semejante á los médicos célebres, mostraba siempre un puñado de oro. Dinero llama dinero

—¡Ah! ¿Tienes deudas, lobo mío? Dime á qué mundo vas.

—Querida Lucía, yo voy á todos los mundos, al mejor y al más malo. No soy una señorita casadera.

—¿Juegas acaso?

Lucía acababa de echar la cuerda á su amante, que se agarró á ella con las dos manos.

—No juego ya, porque jugué mucho; no quería decirte. No puedes figurarte el genio que me he visto obligado á tener para pedir prestado aquí y allá. ¡Era necesario pagar dentro de las veinticuatro horas! Y en la actualidad, camino de inquietud en inquietud.

Abelle supo expresarse tan naturalmente, que Lucía cayó en el lazo.

Se acordó de la jugada de sacanete por que empezó la ruina de Gontrán

—¡Querido lobo mío! ¡He ahí por qué estabas tan distraído! ¿Qué te he de dar?

—No quiero que me des, sino que me prestes. Mi familia pagará.

Carlos hacía siempre aparecer á su familia, como el criminal hace aparecer á sus cómplices. La verdad era que muy poco podía heredar de ella. Por otra parte, su padre y su madre no tenían un siglo entre los dos. Y hasta su muerte no podía esperar nada, porque su modo de vivir tenía preparados.

—¡Bueno!—exclamó Lucía.—Yo no cuento tratándose de ti. ¿Necesitas diez mil francos, veinte mil francos?

—Sí, veinte mil francos,—dijo Abelle.—Tal vez me sobre algo, que te devolveré; porque, pagadas esas

deudas, ¿qué falta me hará nada para ser feliz? ¡Tu corazón de oro! He ahí toda mi fortuna.

Y abrazó á Lucía con efusión, como si se fundiera en amor y como si ella fundiérase en oro.

—Vamos al Bosque, ¿no es verdad?—díjole ella.

El amor la cegaba hasta tal punto que juzgaba sencillo mostrar á su amante en todas partes, ella que, hasta entonces, siempre se mostró sola para no infundir celos.

Carlos Abelle no quiso ir al Bosque.

—Ven, lobo mío,—añadió Lucía.

—No, hoy no. Sólo tengo un deseo: ir á pagar mis deudas.

¿De qué clase eran las deudas de Carlos Abelle? Eran deudas de corazón.

VIII

La señorita Treinta y seis Virtudes.

Se os ha hablado ya, en *Las Grandes Damas*, de una distinguida señorita —había sido cocinera—, apodada Treinta y seis Virtudes. Ignoro el origen de este bautismo galante. Era ella una astuta picaruela que en tiempos, cuando servía, había sisado al señor de Cupido. Nacida en Borgoña, en donde había probado la manzana bastante pronto, no abundaba en color, pero abundaba en picardía. Habiendo llegado á París á los diez y seis años, con las vagas aspiraciones de hacer fortuna á toda costa, díjose que no había oficios feos. Había encontrado —criada para todo— en casa de una muchacha

de su país que hacía el amor. Y pronto juzgó que esto era menos difícil que hacer guisos. Así es, que, como era tan linda —muy picanté, según la expresión de los poetas grotescos—, supo hacer esperar á los adoradores en ausencia de su ama, y de tal modo, que un día ésta no encontró en casa ni á su cocinera ni á su amante oficial.

Moraleja: no debe introducirse en la cocina una criada para todo.

Sabido es cómo las muchachas adquieren el talento. La señorita Carolina, apodada Treinta y seis Virtudes —no sé por qué, si no es por antítesis—, no tardó en tener mucho talento. Hallábase dotada, por otra parte, de una bella malicia natural, mamada en la leche borgeñoña, ó, mejor dicho, en la vid borgeñoña.

En cuanto metió la cabeza entre las jóvenes de tercer orden que encumbran las avenidas del vicio parisiense, hizo ruido con sus ocurrencias. Hablar mucho, en este mundo, es ser elocuente. Carolina no callaba nunca. ¿Cuál es la mujer que, á fuerza de remover necedades, no encuentra una frase espiritual? Es como el premio mayor de la lotería.

No obró como las nodrizas borgeñoñas, que dejan un niño en el país y envían á su familia lo que ganan. Vivió al día, sin cuidarse del mañana, enloquecida por los bellos trajes y las alhajas de pacotilla. Tomaba de todas las manos, y nunca quedábale un sueldo. El hogar de la cortesana es el tonel de las danaidas, si se me permite tan vieja expresión.

Abelle había encontrado en una cena á la señorita Treinta y seis Virtudes. Ésta le había encantado por su empuje diabólico. Se imaginó que no era sino el capricho de una hora, mas fué una verdadera pasión. Solía él tomar una mujer... al paso... como una botella